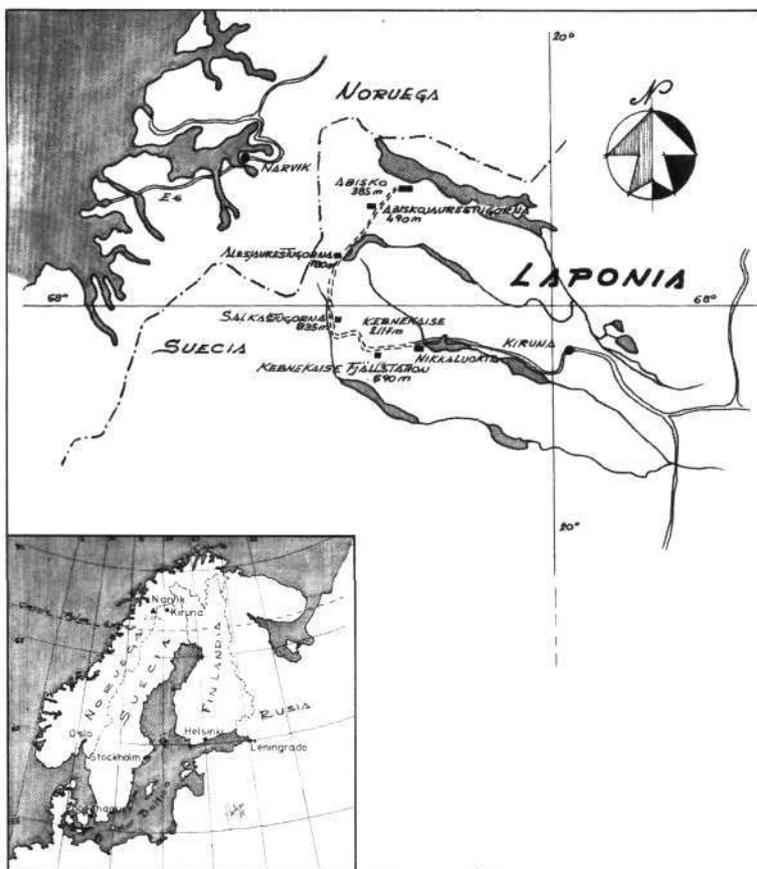


EL KEBNEKAISE

100 km. por Laponia

*Pedro M. Lizarraga
con José R. Aperribay
y Larry Forsgren*

El Kebnekaise es con sus 2.117 metros la montaña más alta de Suecia. El artículo de Luis Alejos «Por los caminos del Norte» aparecido en el n.º 119 de Pyrenaica ha animado a unos amigos del G. A. Ganguren de Galdakao a contar lo bien que lo pasaron cuando, hace unos años, hicieron aquella cumbre como parte de una marcha de cinco días por la Laponia sueca.



Ciertamente, las tierras del Norte, el Círculo Polar, con su lejanía y entorno de aventura, siguen ejerciendo un gran atractivo a pesar de que el avance en los medios de comunicación y transporte hacen cada vez más real el dicho de que el mundo es un pañuelo.

Hace 5 años, en el verano del 75, nos metimos en un viaje que iba a saciar en demasía nuestro afán de experiencia. Así salimos de Galdakao con una tarjeta Inter Rail como medio de transporte y Stockholm como meta (al menos eso creíamos).

En tres días llegamos a la capital sueca y tras diversos problemas económico-lingüísticos, llegamos a la casa de Larry, el socio más lejano del G. A. Ganguren.

Tras dos semanas de turismo y de trabajo, conseguido gracias a él, se nos planteó la posibilidad de hacer una marcha por el Círculo Polar.

El material que teníamos era muy apropiado... para ir a pescar; consistía en unas botas de goma hasta la rodilla (prestadas), pantalones de pana, algunas camisetitas de manga corta, camisa y, como prenda de abrigo, unos chubasqueros. A esto hay que sumar las mochilas, sacos, un buen mapa, brújula y, sobre todo, unas ganas enormes de ir.

18 horas de tren hacia el Norte y llegamos a Kiruna. Según nos decía Larry, es una de las ciudades más extensas del mundo, a pesar de que su población es inferior a 30.000 habitantes. El secreto está en la gran cantidad de jardines y parques que rodean las casas, en su mayor parte,

unifamiliares. La vida transcurre en torno a la minería del hierro.

Desde este lugar nos trasladamos en autobús de línea hasta un poblado de casitas de madera dotado con oficina de turismo, restaurante, sauna, etc.; su nombre: Nikkaluokta. En adelante ya no habría más carreteras ni ferrocarriles.

Nuestro objetivo era llegar desde allí hasta Abisko, en el Norte, ascendiendo de paso al Kebnekaise. En total, unos 100 Km. que formaban parte del recorrido que, según la leyenda, hizo un rey sueco con el fin de reclutar gente y luchar contra la dominación danesa.

Hoy en día, el itinerario se aleja de los fines bélicos, siendo frecuentado por montañeros de las más dispares nacionalidades. Para facilitar su recorrido, cada 20 ó 25 Km. hay unos campamentos formados por varias casas de madera en las que se puede encontrar refugio para la noche y comprar alimentos, con la objeción de unos precios elevados y el riesgo de no encontrar cama para todos aunque, en este caso, siempre se encuentra un rincón más o menos apropiado.

EL PRIMER DIA DE MARCHA

Comenzamos la marcha en la mañana del día 5 de agosto, tras pasar la noche en una casita alquilada, junto al poblado.

El camino, fácil y llano, se dirigía hacia el Oeste, bordeado por arbustos altos y algunos árboles. Con frecuencia era preciso atravesar corrientes de agua fría y limpia que, cuando presentaban alguna difi-

cultad, estaban sobrevoladas por puentes colgantes.

20 Km. y llegamos a Kebnekaise Fjällstation. Es el primer refugio del camino y la base para ascender al monte del mismo nombre.

En este primer tramo, nos había acompañado un tiempo desapacible, con amenaza de lluvia y algunas rachas de viento, por lo que decidimos comer en el interior. Las noticias que nos dio el servicio de información no fueron para saltar de alegría: el mal tiempo iba a continuar y ninguna persona de la estación pensaba ascender por la tarde.

Fue un barómetro que comenzó a ascender el que nos animó a escoger el camino de la cima, en lugar de bordearla por un valle para seguir hacia Abisko. Así, «perfectamente equipados», salimos del refugio.

Para empezar bien, nos confundimos de camino y cuando intentábamos orientarnos de nuevo, el viento, juguetón él, nos arrancó el mapa de las manos; el día que los 110 metros vallas con mochila sean prueba olímpica, aquí estamos tres participantes.

Recuperado el plano, fuimos subiendo por el lateral de un glaciar hacia lo que creíamos que era la cima. La niebla era cerrada, el viento, al ir tomando altura, nos trataba como a muñecos y a esto se unía el frío, que hacía congelarse la humedad incluso dentro de los chotos y depositaba sobre la roca descompuesta una gruesa capa de hielo transparente.

Tras comer algo al abrigo de unas rocas, para evitar una «pájara» que comenzaba a hacerse presente, llegamos a la cumbre... ¡de un monte que no era el nuestro! (1.710 m.). En aquel momento, estábamos pasando algo parecido a miedo. No sabíamos con precisión dónde estábamos; las fuerzas no nos sobraban y el tiempo seguía siendo muy malo. Para colmo, el fabuloso calzado que llevábamos, nos obligaba a tener mucho cuidado antes de dar un paso, pues la goma sólo se agarraba en los pequeños resaltes del hielo y los palos que usábamos como bastones no ayudaban demasiado.

Cruzamos un río helado perdiendo para ello unos 200 metros de altura y fue entonces cuando encontramos unas marcas pintadas en las rocas. Las seguimos con ansiedad y tras una ascensión hasta los 1.880 metros llegamos a una pequeña cabaña en la que ya no envidiamos ni los palacios de Stockholm.

Fue preciso golpear con hacha el hielo para poder hacer una sopa, tras la que fueron desapareciendo casi todas las cosas que había comprado Larry. Con el estómago lleno y sin sentir el mordisco de un viento que parecía querer arrancar la cabaña de su sitio, nos relajamos leyendo el libro de la cumbre, que se encuentra allí y escribiendo en el diario de viaje nuestras impresiones.

UNA CIMA BRILLANTE

La mañana fue sensacional. El sol, había aparecido a las 3 de la madrugada de entre las nubes, lucía ahora en un cielo totalmente azul y los carámbanos que colgaban, tanto de la cabaña como de los cables que la sujetaban, comenzaba a gotear. Abajo, en el valle, el glaciar se transformaba en un río de múltiples brazos.

Desayunamos y salimos hacia el Norte caminando sobre rocas muy fragmentadas y cubiertas de hielo. Según subíamos una loma, comenzó a aparecer un precioso cono blanco. Habíamos pasado la noche a unos 800 metros de él. Dejamos las mochilas en la base y con los palos y un cuchillo tiramos «p'arriba». La ascensión no tiene ninguna dificultad teniendo buen tiempo y el calzado adecuado, con crampones y piolet. Con mucho cuidado, pues la nieve aún se encontraba dura y las botas de goma no entraban en ella, llegamos a la cumbre.

La vista fue fenomenal: un mar de cimas cubiertas de hielo daba sensación de tremenda soledad; el verde de los valles en combinación con el gris de las laderas rocosas y un cielo..., ¿qué más se puede pedir?

El Kebnekaise posee 2 cimas que sobrepasan los 2.000 m.; la mayor es la Sydtappen, de 2.117 m. (más 3 de hielo en esa



Este es el valle que desde Nikkaluokta nos lleva al Kebnekaise, que se ve al fondo, a la derecha.



En las zonas de comienzo y final del recorrido encontramos algunas construcciones autóctonas que cumplen la función de refugio o almacén. Sobre una estructura de ramas se colocan cortezas y sobre ellas tierra, sobre las que pronto crece la hierba.

ocasión). 600 m. al NE de ella se encuentra la Nordtappen, de 2.097 m., unida a la anterior por una arista de hielo de la que caen sendos glaciares.

Aún más al NE aparecen 2 cumbres de parecida envergadura: Kaskasapakte (2.043 m.) y Kaskasatjekka (2.076 m.), a 5 y 6 Km. en línea recta de la cumbre principal. Para su ascensión es preciso tomar una ruta distinta, antes de llegar a la Kebnekaise Fjällstation.

POR LOS ALTOS VALLES SUECOS

Como es sabido, estando en una rampa de hielo, lo más fácil es bajar, así que no contaremos cómo en el descenso con-

seguimos perder hasta unas gafas que iban sobre su correspondiente nariz.

Desde la base del cono, tomamos dirección SW hasta llegar a un valle, por el que corría bajo el hielo el riachuelo que habíamos atravesado el día anterior. Siguiendo su curso durante cerca de 10 Km. llegamos a otro valle, más ancho y por el cual discurría hacia el Norte el camino que desde Kebnekaise Fjällstation rodea el macizo. Otros 10 Km. de agradable llanear y llegamos a Sälkastugorna, uno de esos campamentos de turismo que hemos citado. Allí compramos comida y conseguimos literas para pasar una noche en la que el sol no dejó de brillar, aunque



Con frecuencia hay que atravesar corrientes de agua fría y limpia que, cuando presentan dificultad, están sobreladadas por puentes colgantes.



A 1.180 m. está la cabaña que sirve como refugio en el camino hacia la cumbre, de la que sólo le separan unos 20 minutos.

Así es cómo en la mañana del segundo día vimos el Kebnekaise: un cono blanco sobre el azul del cielo.



sus rayos, muy horizontales, no evitaron que el termómetro marcara 0 grados.

Los dos días siguientes transcurrieron por un terreno similar, es decir, llanos situados a 800 metros de altura y ocasionalmente alguna ascensión hasta unos 1.100 metros. Pasamos la tercera noche en el campamento Alesjaurestugorna, tras el que se encuentra el lago Alesjaure, donde nos salieron al paso unos tábanos y mosquitos muy molestos. En los lugares en que el terreno era accidentado, el camino natural estaba sustituido por unos tabloques que, clavados sucesivamente y apoyados en otros transversales, llegaban en ocasiones a superar los 500 metros de longitud.

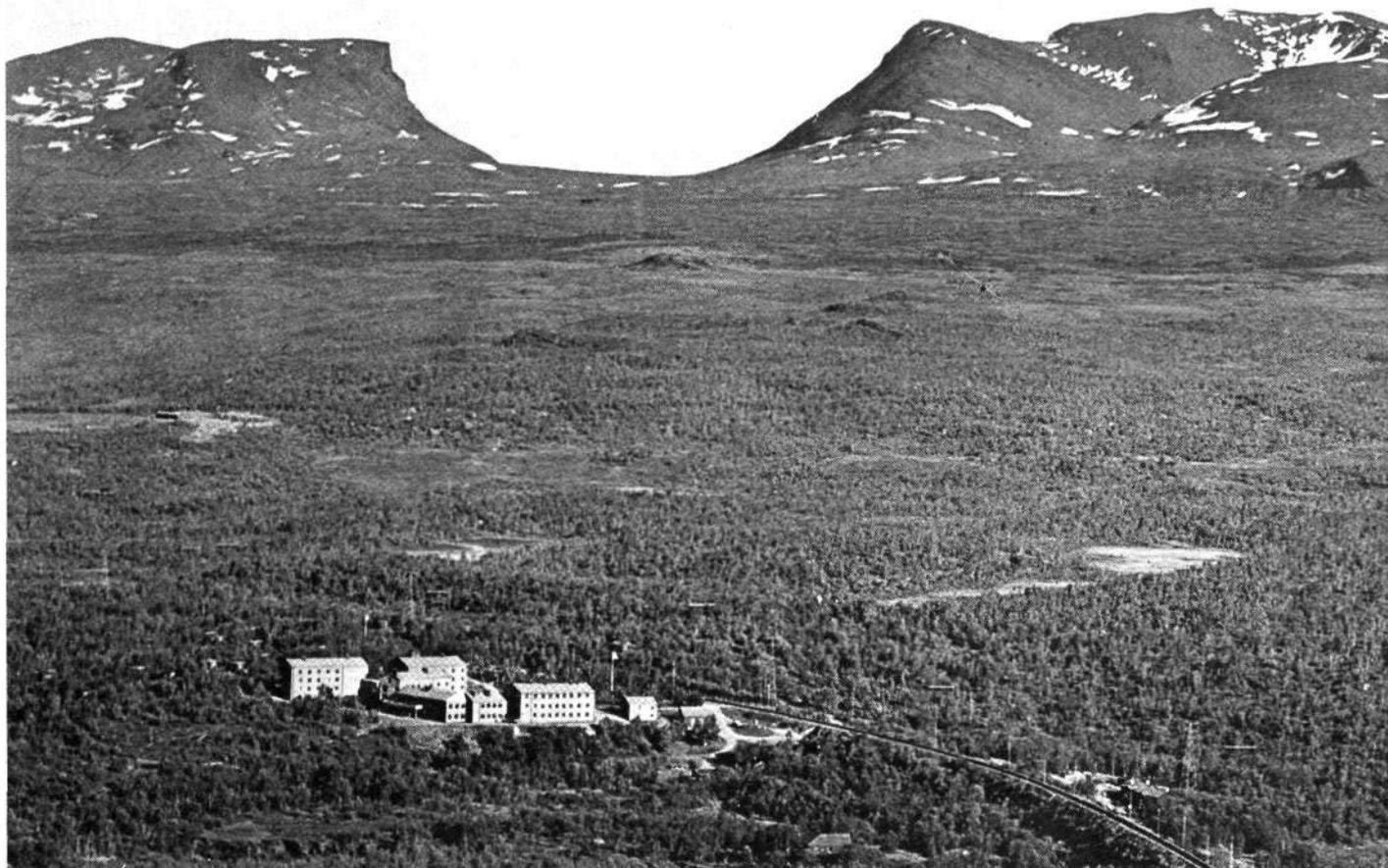
Había momentos en que las señales obligaban a atravesar ríos desprovistos de puente y era aquí donde realmente obteníamos provecho de nuestras botas, pues en los vados, la profundidad raramente superaba los 40 cm. y así, mientras otros montañeros renegaban por la frialdad del agua o se sorteaban el oficio de porteador, nosotros pasábamos con cierta comodidad.

Al final del cuarto día de marcha, comenzamos a perder altura, descendiendo hasta los 500 metros. Al mismo tiempo, cambiamos la vegetación baja, formada por brezos, líquenes y alguna que otra planta con flores, por la que nos había acompañado el primer día, con arbustos y algunos árboles. Habíamos entrado en el Parque Nacional de Abisko. Atravesamos algunos puentes tanto de madera como de cables y llegamos a nuestro cuarto refugio: Abiskojaurestugorna, en el que había también un camping, teléfono de socorro y, como su nombre indica (jaure), un lago, con una pequeña playa.

Por fin, el 5.º día. Sólo faltaban unos 15 Km. de camino suave, bordeando un precioso río y rodeados de vegetación. Nos fuimos despidiendo de la gente con la que habíamos compartido refugios, camino, chubascos, etc., y pronto la refinada civilización se hizo presente. Ya estábamos en Abisko.

Nos dirigimos al hotel, donde funcionaba un servicio de buffet que, a pesar de ser caro, quedó amortizado generosamente por las múltiples vueltas que dimos en torno a la mesa. La verdad es que habíamos pasado hambre y se notaba hasta tal punto que, cuando al día siguiente volvimos, ya nos conocían en el buffet.

Pasamos esa noche en una pequeña chabola de tierra y ramas, pues atravesábamos una crisis económica y el dinero sólo llegaba o para dormir en cama o para comer, y claro, preferíamos lo último. Al día siguiente por la tarde llegó el tren y con él nos fuimos de la tierra de los lapones.



Abisko, con su complejo hotelero y el ferrocarril que cerró nuestro viaje. El collado del fondo recibe el nombre de «Puerta de los Lapones».

CONSIDERACIONES PRACTICAS

Debido a la latitud, la duración del verano climatológico se reduce a unas tres semanas. Nosotros estuvimos los días 5 al 10 de agosto y el tiempo fue bastante bueno, pues la temperatura en el valle se situó casi siempre entre 0 y 10 grados, teniendo un día de lluvia, otro nublado y la tormenta de la ascensión. En cualquier caso, hay que pensar que estamos a la altura del paralelo 68, por lo que, si el tiempo se pone malo... Kontuz!

El terreno es variado; caminos de tierra, roca descompuesta, hielo y agua se van alternando. En general, para caminar por los valles será suficiente con unas botas ligeras. En algunas zonas húmedas y ríos, quizá añoremos otras de goma y para los descansos, es fenomenal tener unas deportivas. Si fijamos nuestra meta en alguna de las múltiples cumbres que bordean el camino, convendrá tener el material habitual de alta montaña, pero, debemos pensar en el peso, pues el paseo completo, si bien no es nada de otro mundo, castiga bastante los pies y articulaciones de las piernas y al final los kilos parecen tener mucho más de 1.000 gramos.

Un elemento interesante, si no imprescindible, es la brújula, sobre todo si queremos salir de los valles.

En cuanto a cartografía, utilizamos un mapa Liberkartor Fjällkartan, n.º BD 6, Abisko-Kebnekaise, de escala 1 : 100.000 y con curvas de nivel cada 20 m. Es sencillamente fenomenal para este recorrido.

Nuestro medio de transporte desde Stockholm fue el tren, tanto al ir como al volver. Es rápido y cómodo. Dispone de literas y camas además de los asientos normales y para el recorrido de vuelta sobre todo, es recomendable conseguir alguna de ellas. Como medida de precaución, conviene hacer las reservas con bastante antelación, pues esta línea está muy frecuentada en determinadas fechas y podemos tener sorpresas desagradables al llegar a la taquilla.

Aquel año (1975), dormir en los refugios costaba unas 16 Kr. por persona, y en la cabaña del Kebnekaise 12 Kr.

Tardamos unas 5 h. 40 m. entre la estación base del Kebnekaise y la cabaña, siendo la duración total de la marcha ese día de 8 h. 10 m.; el 2.º día, 7 h.; el 3.º, 6 h. 15 m.; el 4.º, 4 h. 30 m.; y el 5.º, 3 h. 30 m. Si llega a durar más días, nos quedamos parados, je, je.

Nuestro estado físico general era bueno al acabar, exceptuando el adelgazamiento por la mala planificación de las comidas y algunas ampollas de considerable tamaño

en los pies, provocadas por la humedad que mantienen las botas de goma.

Es conveniente llevar provisiones y un butano o infernillo, pues en los refugios, los artículos de alimentación son caros y así tendremos mayor independencia para escoger la ruta deseada o superar posibles imprevistos.

El agua, en estado sólido o líquido, es abundante a lo largo de todo el recorrido, pero al ser de deshielo, su contenido en sales minerales es reducido, por lo que habrá que reponer en alguna otra forma la pérdida de sales por el sudor.

A lo largo de todo el camino, en los refugios tendréis la oportunidad de comprar pequeños recuerdos y en Abisko, incluso grandes, al igual que en Kiruna.

Por último nos queda decir que si queréis algún detalle más, en el G. A. Ganguren, de Galdakao vamos a dejar una copia del plano que utilizamos, con el itinerario marcado y si no fuese suficiente, disponemos de fotografías, diapositivas, postales e incluso una maqueta en relieve que ponemos a vuestra disposición en nuestro domicilio. (Teléfonos: 94 - 456 03 45 y 94i- 456 28 12).

Debéis tener en cuenta que, debido al retraso en escribir esto, algunas cosas habrán cambiado, pero lo esencial sigue: el Norte está por allí.